

DERROTEROS Y VIAJES A LA CIUDAD ENCANTADA DE LOS  
CÉSARES. RELATOS Y CONSTELACIONES<sup>1</sup>

*ROUTES AND TRAVELS TO THE ENCHANTED CITY OF THE CAESARS.  
STORIES AND CONSTELLATIONS*

Silvia Tieffemberg  
Universidad de Buenos Aires / Conicet  
silvia.tieffemberg@gmail.com

RESUMEN

El artículo se centra en el análisis del relato sobre la mítica ‘ciudad de los Césares’, que desde principios del siglo XVI hasta principios del siglo XXI, fue reescrito de manera incesante en obras historiográficas, ensayísticas o ficcionales; y propone que esta inusual productividad obedece a que fue el resultado de cuatro relatos previos, que conformaron una constelación discursiva en interacción hasta la actualidad, que se nutrió de aportes locales y refuncionalizó en tierras americanas, discursos utópicos metropolitanos. El trabajo propone, además, que esa constelación integró, a su vez, un macro-discurso utópico americano, que performó la idea de América como objeto de deseo, en el que era posible identificar al menos dos grandes relatos: no solamente el de los Césares, sino también el de El Dorado.

PALABRAS CLAVE: Ciudad, Césares, utopía.

ABSTRACT

This article focuses on an analysis of the story of the mythical ‘city of the Caesars’, which, from the early sixteenth century to the early twenty-first century, was rewritten in historiographical, essayistic and fictional works. This unusual productivity can be understood by considering that the story was the result of four previous tales, which formed a discursive constellation. This constellation interacts with the present and

---

<sup>1</sup> Este trabajo se enmarca dentro del proyecto de investigación “Ruy Díaz de Guzmán, de ‘el paraíso de Mahoma’ a la cofradía de la Limpia Concepción”, que desarrollo como investigadora en el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (Argentina).

drew on local contributions and was adapted on American soil and through metropolitan utopian discourses. The paper also proposes that this discursive constellation included, in turn, an American macro-utopian discourse that performed the idea of America as an object of desire and in which it was possible to identify at least two major stories: not only that of the Caesars, but also that of El Dorado.

KEY WORDS: *City, Caesars, Utopy.*

*Recibido: 9 de octubre de 2014*

*Aceptado: 16 de abril de 2015*

Todos sabían de ella. Nadie la podía hallar.

Ernesto Morales, *La ciudad encantada de la Patagonia*

En la América del sur, en un valle cordillerano de la Patagonia —territorio impreciso entre suelo chileno y suelo argentino—, y oculta a los ojos del viajero no avezado en descubrir maravillas se encontraba, encantada y errante, la ciudad de los Césares. Desde que un expedicionario de Sebastián Gaboto la describiera por primera vez en 1528 y por lo menos hasta 1880, como explica un artículo clásico de Patricio Estellé (1968), la ciudad de los Césares fue incansablemente referida en relatos de viajeros que aseguraban su existencia, o al menos tener en su poder noticias ciertas o mapas que avalarían, sin lugar a dudas, un derrotero efectivo que posibilitaría el hallazgo. Una de las descripciones más bellas que he encontrado sobre la ciudad es la que Francisco Cavada refiere haber escuchado en Chiloé, convertida en leyenda popular: se trataba, dice, de

una ciudad encantada, no dada a ningún viajero descubrirla, ‘aun cuando la ande pisando’, ya que una espesa niebla se interpone siempre entre ella y el viajero, y la corriente de los ríos que la bañan refluye para alejar las embarcaciones que se aproximan demasiado. Solo al fin del mundo, la ciudad se hará visible para convencer a los incrédulos de su existencia. El pavimento de la ciudad es de oro y plata macizos. Una gran cruz de oro corona la torre de la iglesia, y la campana que esta posee es de tales dimensiones, que debajo de ella pueden instalarse cómodamente dos mesas de zapatería con todos sus útiles y herramientas. Si esta campana llegara a tocarse, su tañido se oiría en el mundo entero [...] El que una vez ha entrado en la ciudad, pierde el recuerdo del camino que a ella lo condujo, y no se le permite salir sino a condición de no revelar a nadie el secreto y de regresar cuanto antes a ella (Cavada 98-99).

I.

El relato sobre la ciudad, de extraordinaria fecundidad en la producción textual de Chile, pero también en la de otras regiones americanas como la rioplatense, fue

registrado en casi todos los géneros discursivos desde el período colonial hasta el presente. Relatos de viaje, obras historiográficas<sup>2</sup>, mapas<sup>3</sup>, diarios, crónicas, cartas, relaciones geográficas, documentos notariales, notas en periódicos, ensayos históricos y relatos orales dieron cuenta de ella en no pocas oportunidades, y tampoco estuvo ausente de la arena política o del discurso científico. Cuando en 1781 José Gabriel Condorcanqui se rebela en Perú contra las autoridades españolas, se proclama como “Don José Primero, por la gracia de Dios rey del Perú, Santa Fe, Quito, Chile, Buenos Aires y continentes de los Mares del Sur, Duque de la Superlativa, Señor de los Césares y Amazonas con dominio en el Gran Paititi”<sup>4</sup>; mientras que a comienzos del siglo XX el antropólogo José Imbelloni debió poner a salvo la honra del discurso científico explicando, con extrema cautela, que los supuestos restos de una muralla abovedada de 150 metros de largo (4) “con dibujos ornamentales e ‘inscripciones indescifrables’” (8) y los cráneos encontrados por el Dr. Wolff en la Patagonia —entre el lago Cardiel y el lago Strobel—, no pertenecían a ninguna ciudad perdida ni a sus habitantes, sino que se trataba de formaciones rocosas que únicamente podían hacer confundir a los neófitos. Es innegable, sin embargo, como dice Enrique de Gandía, “el hechizo” “que la antigua leyenda sigue ejerciendo” sobre “hombres de ciencia, educados en Universidades modernas, a quienes el encanto salvaje y extraño de la Patagonia solitaria y magnífica”, también conmueve y atemoriza (50)<sup>5</sup>.

---

<sup>2</sup> Entre los primeros autores que se refieren a la ciudad encantada se encuentran los historiadores jesuitas Alonso de Ovalle, en *Histórica Relación del Reino de Chile* (1646), Diego de Rosales en *Historia General del Reino de Chile. Flandes Indiano* (1674), Pedro Lozano en *Historia de la Conquista del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán* (1745) y Miguel de Olivares con su *Historia militar, civil y sagrada de lo acaecido en la Conquista y Pacificación del Reino de Chile* (1758). La ciudad es referida también por cronistas tempranos como Pedro Cieza de León, quien en el tomo II de *Las guerras del Perú*, afirma haber escuchado al propio Francisco César referir sus descubrimientos de piedras y metales preciosos (300).

<sup>3</sup> Guillén Tato (182-183), por ejemplo, publica un mapa de América del Sur de 1618, perteneciente a Pedro de Quirós, donde se encuentra señalada —en el límite entre suelo chileno y suelo argentino— la “Provincia de los Césares”, y a este mismo mapa hace referencia Manuel Domínguez en el ensayo político de principios del siglo pasado, *El alma de la raza* (167), en un capítulo titulado “Elelín o la tierra de los Césares”, donde —y esto no deja de ser curioso— se refiere a las posibilidades de Paraguay de anexar territorios que le pertenecerían históricamente.

<sup>4</sup> Existen dudas entre los historiadores sobre la verdadera autoría del bando de coronación, que “le fue encontrado al Inca en un bolsillo, por un descuido verdaderamente difícil de explicar”, acota Lucena Salmoral (7).

<sup>5</sup> El corpus bibliográfico sobre la ciudad de los Césares, especialmente desde las ciencias humanas y sociales, es de tal extensión que excede ampliamente los límites de este trabajo, pero no pueden dejar de señalarse los estudios de Ciro Bayo, *Los Césares de la*

Tal fue el caso del erudito italiano Pedro De Angelis, quien no pudo mantenerse insensible a los encantos de la ciudad y le dio un lugar preponderante en su *Colección de obras y documentos relativos a la historia antigua y moderna de las Provincias del Río de la Plata*, publicada entre 1835 y 1839. La *Colección*, una obra sin precedentes para la época, fue el resultado de la primera compulsión documental en el Río de la Plata y consistió en la edición de setenta documentos, inéditos hasta ese momento la mayor parte de ellos. El tomo V, *Derroteros y viajes a la ciudad encantada o de los Césares que se creía existiese en la cordillera al sud de Valdivia* (1836), compila nueve documentos, entre los que se destacan el *Derrotero* de Silvestre Antonio de Rojas (1707), la *Carta* del padre Pedro Lozano (1711), la *Carta* del padre José Cardiel (1746), el *Derrotero* del jesuita Tomas Falkner (1760) y la *Relación* del capitán Ignacio Pinuer (1774), después incluida por Payró en un texto ficcional. Ya en la primera mitad del siglo XIX, entonces, la intuición humanística de Pedro De Angelis advierte que no se trata de relatos aislados de una ciudad legendaria, sino de una constelación textual portadora de una complejidad discursiva que justifica su inclusión en la colección que sienta las bases de la historiografía documental en el Río de la Plata. Así lo entendió también Luis Fors, quien en 1905 publicó una serie de documentos sobre los Césares encontrados en la Biblioteca Pública de la Plata, para completar los publicados por De Angelis, según explica en el prólogo de su compilación (1). Dentro de los cinco testimonios que Fors publica, uno de ellos de fines del siglo XVIII, titulado “Declaración del indio Huy Chilec, de nación haucáz”, reproduce un cuestionario donde el informante responde una serie de preguntas respecto de los dichos de Pedro Mazedo —cautivo en una parcialidad indígena en 1740 y 1774—, quien habría escuchado de un cacique ya muerto, llamado Masque Honoy, el relato sobre la ciudad. El informante Huy Chilec dice “haber oído decir al citado Masque Honoy

---

*Patagonia* (1913), Manuel J. de Orejuela y la abortada expedición en busca de los Césares y extranjeros. 1780-1783 (1971) de Ricardo Couyoudmjian Bergamali, *La leyenda de la ciudad encantada de los Césares: su esencia y origen* (1900) de Francisco Fonck, *Historia crítica de los mitos y leyendas de la conquista americana* (1946) de Enrique de Gandía, *Diario del R.P. Fray Benito Delgado, capellán de la expedición que se hizo para descubrimiento de los Césares*, que publicó Claudio Gay en el primer tomo de su *Historia Física y Política de Chile* (1844), “Los soñadores. La leyenda de los Césares de la Patagonia” en *La Patagonia: errores geográficos y diplomáticos* (1930) de José Miguel Irrázaval Larrain, *Estudio Histórico sobre el Descubrimiento y Conquista de la Patagonia y de la Tierra del Fuego* (1903) de Carlos Morla Vicuña, *Viajes de exploración y estudio en la Patagonia Occidental: 1892-1902* de Hans Steffen, *Mitos y supersticiones* (1915) de Julio Vicuña Cifuentes, “La ciudad encantada de Los Césares” en el tomo I de las *Relaciones Históricas* (1877) de Benjamín Vicuña Mackenna, y las referencias de José Toribio Medina en la *Colección de documentos inéditos para la Historia de Chile* (1889-1901) y *El veneciano Sebastián Caboto* (1908).

que la ciudad no era muy grande, pero que la gente era mucha y que tenían muchos sembrados con estancias de vacas, carneros y otros diferentes ganados, abundando de todo, particularmente de metales, que la mayor parte de sus muebles de casa eran de ella” (10-11, *modernización mía*). Esta cita me interesa especialmente porque en la crónica rioplatense temprana también podemos identificar relatos sobre ciudades y geografías imaginarias que configuran un discurso cuyo origen mítico se constituye en una figura no documentada empíricamente la mayoría de las veces, que ha pasado por una experiencia límite —en muchas ocasiones se trata de un naufrago o de un ex cautivo que ha sobrevivido en el mundo otro de la barbarie—, y es esa experiencia de supervivencia la que lo ha dotado de un conocimiento superior: la lengua de la otredad, y con ello el acceso al mundo indígena y a derroteros celosamente guardados hacia tesoros nunca antes vistos (Tieffemberg, *Luis de Miranda* 14).

Aun cuando cuantitativamente menor, el género ficcional —que amplía y diversifica aún más el horizonte retórico-discursivo sobre la ciudad— produjo, especialmente durante el siglo XX, varios cuentos y novelas: *Los tesoros del Rey Blanco* (1935) de Roberto Payró; *Pacha Pulai* (1936) de Hugo Silva<sup>6</sup>; *La Ciudad de los Césares* (1936)<sup>7</sup> de Manuel Rojas; *En la Ciudad de los Césares* (1939) de Luis Enrique Délano<sup>8</sup>; *La Ciudad de los Césares* (1969) de Ernesto Serigós; *Fuegana. La verdadera historia de la Ciudad de los Césares* (1983) de Juan Ricardo Muñoz; *Camino abierto* (1986) de Guillermo Rojas; *Traslasierra. La Ciudad de los Césares* (1988) de Yolanda Sapia; *Esta maldita lujuria* (1991) de Antonio Brailovsky; *El número Kaifman* (2006) de Francisco Ortega y *Trapalanda. Zaga patagónica* (2006) de Claudio Pálek; y al menos una obra dramática, *Elelín* (1929) de Ricardo Rojas, según indica Juan José Daneri (159), a lo que habría que agregar uno de los relatos de *Misteriosa Buenos Aires* (1950) de Manuel Mujica Láinez, “La ciudad encantada. 1709”, los cuentos publicados

---

<sup>6</sup> “Con una trayectoria en las letras más vinculada al periodismo que a la literatura, Hugo Silva fue uno de los pocos autores nacionales cuya obra ha logrado más de treinta ediciones, mérito aún mayor si se toma en cuenta que lo alcanzó gracias a una sola novela, *Pacha Pulai*, la que hasta el día de hoy es parte de las lecturas obligatorias en la enseñanza chilena”. En [www.memoriachilena.cl/602/w3-article-3457.html](http://www.memoriachilena.cl/602/w3-article-3457.html) (consultado 29/03/2014)

<sup>7</sup> Rachel Anne Van Wieren en su tesis del año 2005 “Búsqueda y mito en otra dimensión de la realidad: *La Ciudad de los Césares* de Manuel Rojas”, estudia la novela de Rojas en relación con *Pacha Pulai* de Hugo Silva y *En la Ciudad de los Césares* de Luis Enrique Délano. [http://www.tesis.uchile.cl/tesis/uchile/2005/vanwieren\\_r/html/index-frames.html](http://www.tesis.uchile.cl/tesis/uchile/2005/vanwieren_r/html/index-frames.html)

<http://tesis.uchile.cl/handle/2250/108877> (consultado 29/03/2014)

<sup>8</sup> La novela lleva la dedicatoria: “A Manuel Rojas y Hugo Silva, que me precedieron en este viaje”, evidenciando que la literatura chilena contemporánea ya había creado en los primeros años del siglo XX una genealogía en relación con el relato sobre la ciudad.

por Carlos Gardini, *La ciudad de los Césares* (2013), y el ensayo siempre vigente de Ezequiel Martínez Estrada, *Radiografía de la pampa* (1933)<sup>9</sup>.

Ahora bien, esta productividad desbordante del relato sobre la ciudad encantada parece obedecer a que fue el resultado de cuatro relatos previos, que conformaron una constelación discursiva en interacción hasta la actualidad, que se nutrió de aportes locales y refuncionalizó en tierras americanas, discursos utópicos metropolitanos. Es indudable, además, que el relato sobre la ciudad fue sostenido e incrementado también por vertientes vernáculas, aún poco exploradas. Ernesto Morales en *La ciudad encantada de la Patagonia* se refiere a la existencia de relatos como “el Paytití trasandino de los quechuas o la Ciudad Brillante (la Mbaé-berá-guazú) de los guaraníes (9); mientras que, más recientemente, Mateo Martinic B. (2007) estudia el imaginario de los aónikenk como fuente indígena para el relato sobre los Césares<sup>10</sup>.

## II.

El primero y más antiguo de los cuatro relatos fue el de Francisco César, de quien la ciudad tomó su nombre. Cuando Gaboto se desvía de su expedición a Las Molucas y llega al Río de la Plata, después de la fundación del fuerte de Sancti Spiritu en 1527, tal como se indica en la primera obra historiográfica rioplatense escrita por Ruy Díaz de Guzmán, envía un grupo reducido de españoles, al mando de Francisco César, a explorar la tierra para buscar el paso hacia el reino del Perú, y al cabo de tres meses, estos vuelven con la noticia de haber encontrado una ciudad indígena gobernada por un “gran señor” que los despidió, después de hospedarlos por algunos días, con gran prodigalidad en regalos de plata y oro (Díaz de Guzmán 123-124). La expedición de César habría emprendido una ruta hacia el suroeste de la región y las descripciones de los abundantes tejidos de las tribus vernáculas encontradas y la presencia de “carneros de la tierra” o llamas (124), avalan la hipótesis de que lejos de encontrar la ruta hacia el Perú, César habría llegado a las actuales sierras de Córdoba y allí habría tomado

---

<sup>9</sup> Incluso hoy puede consultarse en internet un blog actualizado en el 2013, [geografiasacra.blogspot.com.ar](http://geografiasacra.blogspot.com.ar), “dedicado al estudio de los centros espirituales ocultos y la geografía sagrada, Trapalanda, Ciudad de los Césares, Eldorado, Agharta”.

<sup>10</sup> Es sumamente interesante este artículo de Martinic, donde se refiere la historia del jefe aonikenk, Papón, quien, antes de morir, en 1887, relata la historia de una ciudad sepultada por lava volcánica pocos años atrás, de la cual extrajo el trozo de oro que le permitió fabricar boleadoras de metal macizo. Si bien la conclusión de este investigador es que el relato sobre la ciudad de los Césares y el que realiza el jefe indígena no comparten el rasgo fundamental de permanencia a través del tiempo, ambas narraciones presentan características que permiten aventurar la hipótesis de una contaminación y/o realimentación textual que ameritaría una investigación futura.



contacto con diaguitas y comechingones (Latcham: 200), tal como indica también Ruy Díaz de Guzmán:

De donde, pasando adelante, llegó a los comechingones, que son unos indios naturales de la provincia de Córdoba que viven bajo de tierra en cuevas que apenas aparecen sus casas por afuera, y trabando amistad con ellos, se informaron de lo que había en la tierra, y tomando relación de cómo a la parte del sur había una provincia muy rica de plata y oro, a quien llamaban Yungulo, que se entiende ser la misma noticia que en el Río de la Plata llaman Los Césares, tomado el nombre de quien la descubrió (239).

### III.

Unos años después, en 1535, Diego de Almagro decide buscar nuevos centros metalíferos en escenarios menos tensionados que los de Perú, y emprende el camino hacia Chile llevando como guía entre los ‘indios amigos’ a Paullo Inca, hijo de Huayna Cápac y medio hermano de Atahualpa, Huáscar y Manco Inca. En el transcurso del viaje llegan a la ciudad de Santiago del Estero —asentada en el valle de Quiriquirí— donde se encontraba una colonia de mitimaes<sup>11</sup> dispuesta por el incario, quienes deciden liberar al Inca pero fracasan. Sin embargo, la conjura fallida generó otro relato que fue a engrosar el de los Césares: los sobrevivientes habrían escapado —gracias a su conocimiento del llamado ‘camino real del Inca’— con grandes cantidades de oro y plata, y habrían fundado una ciudad en un valle desconocido en el sur del continente. Aún cincuenta años más tarde, en 1586, la ciudad encantada justificó una expedición del gobernador de Tucumán, Juan Ramírez de Velasco, quien explica en una carta al rey que tiene noticia de una, por cierto, extensísima provincia “que llaman los Césares. Corre norte sur desde Córdoba hasta el estrecho de Magallanes [...] La tengo de que hay gran suma de gente y de que hay grandes riquezas de oro. Es entre Chile y la mar del Norte y a las espaldas de Arauco.” (Ramírez de Velasco 132, *modernización*). Pero, además, esta vertiente del relato se incrementa cuando Miguel de Olavarría, en su *Informe sobre el reino de Chile, sus indios y sus guerras* de 1594, indica que los súbditos incas que habitaban cerca del río Maule, ante el constante asedio de los mapuches y el vacío de poder provocado por la muerte de Atahualpa, resolvieron abandonar sus tierras, llevando los tesoros que quedaban, y dirigirse hacia el sur, a la ciudad donde los aguardaban los Césares de su propia etnia.

---

<sup>11</sup> “Los *mitimaes*, como componentes de políticas demográficas [implementadas por el incario], consistían en el movimiento de poblaciones de un hábitat a otro con objetivos socioeconómicos necesarios para la supervivencia del Estado y la reproducción de la sociedad inca y su población” (Romero Bedregal 135-136).

## IV.

Contemporáneo a la salida de la expedición de Ramírez de Velasco en busca de la ciudad encantada, en 1598, se producía la batalla de Curalaba<sup>12</sup>, punto de inflexión en el primer período de la guerra de Arauco en el actual territorio chileno, cuya consecuencia directa fue el abandono de las ciudades fundadas al sur del Bío-Bío por parte de los españoles.

Comenzó a circular, entonces, un relato que refería que un grupo de pobladores españoles con sus indios de servicio habían huido de la destrucción de estas ciudades<sup>13</sup>, principalmente de Osorno, Valdivia y Villarrica, llevando tesoros ocultos, y que habrían fundado o se habrían establecido en la ciudad de los Césares. En la actual Región de Los Lagos de Chile, en la zona cordillerana, al sur de Valdivia y al este de la ciudad de Osorno se habría encontrado la ciudad principal de los Césares —puesto que en este relato existían por lo menos tres ciudades—, ubicada en medio de la laguna Puyehue. Esta versión prosperó debido a la escasa información que se tenía del territorio más allá del Río Bueno: un informe del ingeniero Manuel Olaguer Feliú, dirigido al marqués de Avilés, indicaba que aún en 1791 “era tan ignoto el país del lado sur del Bueno que sólo uno u otro le habían reconocido y visto”<sup>14</sup>. Incluso se llegó a pensar

---

<sup>12</sup> La primera etapa de la guerra se inició con la conquista de los españoles hacia el sur del país. A pesar de las ventajas iniciales de los españoles, como el uso del caballo y de sus armas, los araucanos rápidamente las aprovecharon, sacando partido además, de su entorno natural, desarrollando así tácticas de combate propias. La avanzada de la hueste, las ciudades fundadas y las fortalezas al sur del Bío-Bío sufrieron continuos ataques por grupos indígenas distintos. De tal modo, las primeras ciudades del sur pasaron a ser fortalezas militares mal abastecidas, constantemente sitiadas y destruidas por los indígenas. Esta situación llegó a su punto más alto tras la batalla de Curalaba, donde el gobernador Martín García Oñez de Loyola fue decapitado y los españoles se vieron obligados a replegarse más arriba del Bío-Bío, abandonando las ciudades fundadas en el sur (en [www.memoriachilena.cl/602/w3-article-691.html](http://www.memoriachilena.cl/602/w3-article-691.html), consultado 29-3-2014).

<sup>13</sup> Las siete ciudades españolas, situadas al sur del río Bío-Bío, destruidas o forzadas a ser abandonadas tras la batalla de Curalaba, fueron Santa Cruz de Coya (fundada en 1599), Santa María la Blanca de Valdivia (fundada en 1599), San Andrés de Los Infantes (fundada en 1599), La Imperial (fundada en 1600), Santa María Magdalena de Villa Rica (fundada en 1602), San Mateo de Osorno (fundada en 1603) y San Felipe de Arauco (fundada en 1604). Algunas de estas ciudades fueron reconstruidas recién en el siglo XIX.

<sup>14</sup> Citado por María Ximena Urbina Carrasco, quien indica, además, que “[e]l territorio, que antes había sido el de la jurisdicción de Osorno, pertenecía a las gobernaciones de Valdivia y de Chiloé, teniendo el río Bueno como límite divisorio. Sin embargo, ni la Plaza ni la Provincia tenían presencia en él, salvo los fuertes chilotes en la tierra firme de esa provincia, o lo que es lo mismo, el borde meridional de dicha frontera: los puestos o enclaves militares de San Antonio de la Ribera de Carelmapu, San Miguel de Calbuco y, desde mediados del XVII, San



que los fugitivos habían sorteado la actual cordillera de los Andes y habían fundado la ciudad en la pampa argentina, por lo cual en 1604 el gobernador del Río de la Plata y Paraguay, Hernando Arias de Saavedra<sup>15</sup>, dirigió una expedición a la Patagonia argentina en busca de los Césares, que no tuvo otro resultado más que su captura por parte de las tribus tehuelches que habitaban la zona sur de la actual provincia de Buenos Aires.

#### V.

Existe, finalmente, una última versión dentro de la constelación de relatos sobre la ciudad, que gira alrededor de lo referido por los sobrevivientes de dos expediciones que se dirigían a la zona del estrecho de Magallanes: en un caso se trató de los amotinados en la expedición del cosmógrafo portugués Simón de Alcazaba<sup>16</sup>, y en otro, de los naufragos de la expedición patrocinada por el obispo de Plasencia, don Gutiérrez de Vargas y Carvajal. Esta última partió de Sevilla en 1539 al mando de Francisco de Camargo, hermano del obispo, con cuatro naves, para tratar de llegar al Perú por la vía del estrecho, objetivo también de la fracasada expedición de Alcazaba. De estas incursiones quedan dos *Relaciones*, citadas por Ainsa (20), cuya información, a veces contradictoria, permite, sin embargo, reconstruir lo sucedido<sup>17</sup>. La expedición de

---

Francisco Javier de Maullín. En las cerca de 50 leguas o 275 kilómetros que separaban a Valdivia de ‘la tierra firme de Carelmapu’ no había población española ni en el interior ni en la costa y los indios que allí vivían nunca habían sido sujetos a la Corona, excepto mientras estuvieron encomendados a los vecinos de Valdivia y Osorno que tuvo su final con el alzamiento general de mapuches y huilliches que comenzó en 1598 y culminó en 1604” (72).

<sup>15</sup> Hernando Arias de Saavedra, más conocido como Hernandarias, tenía solamente 15 años cuando, en 1576, acompañó al gobernador del Tucumán, Gonzalo de Ábrego, en una expedición para dar con la ciudad de los Césares, pero debieron retornar casi inmediatamente frente a un levantamiento de la parcialidad indígena de los ‘lules’ en los valles calchaquíes. Hernandarias volvería a intentarlo casi treinta años después.

<sup>16</sup> En 1529 Simón de Alcazaba firmó una capitulación por la cual se le otorgaban doscientas leguas contadas desde el Estrecho de Magallanes hasta Chíncha (Medina 215). No deja de ser significativo que Alcazaba pidiera a la reina que le permita elegir las doscientas leguas otorgadas entre las seiscientas o setecientas que había entre el estrecho y la gobernación de Pizarro, teniendo en cuenta que éste no encontró más que ciento cincuenta leguas de tierra aprovechable en el vasto territorio descubierto en el Perú (219). Sin embargo, en la Real cédula que otorga a Camargo el título de gobernador se le conceden doscientas leguas a partir de donde terminan las concedidas a Pedro de Mendoza, sobre la costa del mar del Sur (369).

<sup>17</sup> Ambas *Relaciones*, que no he podido consultar, se encuentran en el volumen I de la *Colección de Diarios y Relaciones para la historia de los viajes y descubrimientos* (1943). Con respecto a esto, en la página oficial del Ministerio de Defensa de España se publica un artículo de M. Muriel Hernández, que da cuenta pormenorizada de los dos textos derivados de la expedición de Camargo: “Salió la Armada de Sevilla en agosto de 1539, y llegaban las naos

Francisco de Camargo sufrió el naufragio de dos de sus naves en la zona del estrecho, una de ellas muy cerca de la costa, debido a lo cual cerca de doscientos tripulantes habrían logrado llegar a tierra con la esperanza de establecerse en el lugar hasta ser rescatados. Nada se supo de ellos hasta que, veintitrés años después, en 1563, llegaron a la ciudad de Concepción Pedro de Oviedo y Antonio de Cobos, y dijeron ser dos de aquellos náufragos de la expedición amparada por el obispo de Plasencia, que se habían internado tierra adentro al mando del capitán Sebastián de Argüello, hasta encontrarse con un poblado de indios. En la *Relación* de 1567 Oviedo y Cobos declararon que las amarras de una de las naves de la expedición, en la que ambos estaban, se habían cortado cuando entraron al estrecho, y que esta dio sobre la costa y naufragó, pero casi toda la tripulación logró salvarse. De esta manera, el capitán Argüello “sacó en tierra ciento cincuenta soldados, treinta aventureros, cuarenta y ocho marineros, artilleros y grumetes, y trece mujeres casadas, y todas las armas, municiones, bastimentos y sustento” (Medina 465), y se internó en la región con los sobrevivientes hasta dar con una población indígena, a la que llegó guiado por un indio del que tomaron lengua. Ahora bien, lo interesante es que el indígena en cuestión era “corpulento y blanco” (466), y esto será lo que caracterice esta vertiente del relato sobre la ciudad, que va a estar poblada de ‘césares blancos’ y ‘césares indios o incas’. Oviedo y Cobos indican que la población —que no recibe ningún nombre en el relato—, en la que finalmente deciden quedarse Argüello y los suyos, estaba regida por un jefe de unos veintisiete años, llamado Topa Inga, y se encontraba en un valle muy fértil de la cordillera, donde “vieron multitud de oficiales plateros con obras de vasijas de plata gruesas y sutiles y algunas piedras azules y verdes toscas que las engastaban” (467). En esta última versión, estrechamente entroncada con discursos utópicos de matriz edénica, la ciudad

---

a la boca del Estrecho de Magallanes el 20 de enero de 1540. Aquí les sorprende un temporal y se pierden de vista unas de otras, permaneciendo de internada hasta que aparecen vientos favorables. Hay dos relaciones de este viaje muy confusas, A y B, que relatan determinados pasajes del viaje. La A, “Relación del viaje que hicieron las naves del Obispo de Plasencia desde la altura del Río de la Plata para el Estrecho de Magallanes”, inicia su información el 2 de noviembre de 1539. [...] El 20 de enero embocan en el Estrecho y dos días después se pierde la nao capitana. Recuperados Camargo y la tripulación después de serios avatares, encallaron en el “Puerto de las Zorras” [...] Nos cuenta Camargo que la tierra era rasa, sin arboledas, muy ventosa y demasiado fría, donde nevaba ocho meses al año, pero era rica en caza y lobos marinos. La B está fechada en 1541. Es la “Relación del suceso de la Armada del Obispo de Plasencia que salió de España por el Estrecho de Magallanes, a donde llegaron a mediados del mes de enero de 1540. Sacada de una carta escrita a Lázaro Alemán desde Lisboa con fecha de 19 de julio de 1541 por Cristóbal Rayzan”. [...] Los relatores de este viaje, dos marineros de la expedición que llegaron en un navío portugués, dan información de que una de las naves probablemente llegó al Perú” (53-54).

es escenario de la convivencia armónica entre indígenas y españoles en un espacio de fuerte idealización. Así lo explica también Silvestre Antonio Díaz de Rojas<sup>18</sup> en 1707, en su “Derrotero de un viaje desde Buenos Aires a los Césares”:

Por el mismo rumbo, a las treinta leguas, se halla un río muy grande y manso, que sale a un valle muy espacioso y alegre, en que habitan los indios Césares. [...] Es gente mansa y pacífica [...] Tienen muchos metales de plata, y solo usan del plomo romo, por lo suave y fácil de fundir. [...] En la otra banda de este río grande está la ciudad de los Césares españoles, en un llano poblado [...] Tiene hermosos edificios de templos, y casas de piedra labrada y bien techadas al modo de España: en las más de ellas tienen indios para su servicio y de sus haciendas. Los indios son cristianos, que han sido reducidos por los dichos españoles. A las partes del norte y poniente, tienen la Cordillera Nevada, donde trabajan muchos minerales de oro y plata, y también cobre: por el sud-oeste y poniente, hacia la Cordillera, sus campos, con estancias de muchos ganados mayores y menores, y muchas chácaras, donde recogen con abundancia granos y hortalizas; adornadas de cedros, álamos, naranjos, robles y palmas, con muchedumbre de frutas muy sabrosas. [...] El temperamento es el mejor de todas las Indias; tan sano y fresco, que la gente muere de pura vejez. No se conocen allí las más de las enfermedades que hay en otras partes (4).

Esta última versión se nutre también con el relato sobre la expedición de Pedro Sarmiento de Gamboa, quien en 1584 fundó las dos primeras ciudades españolas en el Estrecho: Nombre de Jesús y Ciudad del Rey Felipe, después conocida como Puerto del Hambre. Si bien solamente sobrevivieron dos de los casi cuatrocientos colonos involucrados en estas fundaciones, la imaginación popular les deparó un destino que, ignorando la muerte por inanición que realmente sufrieron, los situó en la ciudad de los Césares, envejeciendo en la paz de una abundancia sin precedentes<sup>19</sup>, a raíz de lo cual, en 1620, el capitán español Juan Fernández navegó la zona de Chiloé y cruzó

---

<sup>18</sup> Al parecer, el documento transcrito formó parte del informe emitido por el fiscal de la Real Audiencia de Chile en 1781, a propósito de la frustrada expedición de Manuel José de Oregueta, e incluye comentarios del mismo magistrado sobre la veracidad de las informaciones proporcionadas por Díaz de Rojas, en <http://www.memoriachilena.cl/602/w3-article-92749.html> (consultado 29/03/2014).

<sup>19</sup> Ya en 1581 se designaba al estrecho de Magallanes como estrecho de los Césares, así lo atestigua una carta que se atribuye al arcediano Martín del Barco Centenera, donde se fija un límite espacial para la gobernación del Río de la Plata “hasta el estrecho llamado los Césares, por un fulano César que la descubrió, que se tiene por cierto es muy rica de oro y gente” (*Comisión Oficial* 88, modernización mía).

la cordillera remontando el río Puelo en busca de ellos: el objetivo no expreso, sin embargo, habría sido encontrar los tesoros de la ciudad encantada.

#### VI.

En el primer párrafo de *Radiografía de la pampa*, Ezequiel Martínez Estrada define al Nuevo Mundo como una “caprichosa extensión de tierra poblada de imágenes, [...] nacida de un error”: los que hacia aquí se embarcaban venían soñando y quedaban “soñando quienes los despedían. Unos y otros tenían América en la imaginación” (9). Si embarcarse para aquellos primeros viajeros fue convertirse en buscadores de irrealidades, lo natural, entonces, fue que llegaran “prevenidos contra la muy simple y pobre realidad de América” (10), y albergaran, contra todo conato racional, la certeza de encontrar “la ciudad en que los Césares indígenas almacenaban metales y piedras preciosas” (13). En la propuesta de Martínez Estrada la génesis del relato sobre la ciudad encantada precede la llegada al continente y esto permite ubicarlo dentro de un conjunto discursivo más amplio, que performó —desde distintas perspectivas— la idea de América como objeto de deseo, tanto para los que venían como para los que se quedaban en España, posibles futuros viajeros (Tieffemberg, *La construcción* 101). En este sentido, además, las cuatro vertientes del relato sobre los Césares interactuaron entre sí a lo largo de casi cuatro siglos en el interior de la constelación que conformaban, mientras que, al mismo tiempo, esa constelación integraba un macro-discurso utópico americano en el que era posible identificar al menos dos grandes relatos, el de los Césares y el de El Dorado, que probablemente haya comenzado con la expedición de Diego de Ordás al Orinoco en 1531 (Alemany Bay 19). A estas construcciones narrativas se sumó la presencia de relatos de menor productividad, pero sin duda asociados al mismo imaginario, como los del Paititi, los Mojos, Candire, Manoa, Trapalanda, Lin Lin y Elelín. Sin embargo, este macro-discurso, producto de una alucinación colectiva que abonó la presencia profusa de mitos en nuestro continente, según Juan Gil (1989, *Mitos* 15), evidencia una complejidad aún mayor si tenemos en cuenta que albergó también relatos milenaristas de fuerte impacto en los levantamientos y rebeliones de las comunidades indígenas americanas (Lorandi 1997), y que la promesa de una ciudad resplandeciente no solamente condensó los anhelos de quienes se enrolaban a Indias (Tieffemberg, *Luis de Miranda* 11); también había seducido a los feroces chiriguanas, que intentaron invadir el Tawantinsuyu en busca de los tesoros del Inca, unos años antes de la llegada de los españoles a la región (Quarleri 45).

#### BIBLIOGRAFÍA

Ainsa, Fernando. *De la Edad de Oro a El Dorado. Génesis del discurso utópico americano*. México: Fondo de Cultura Económica, 1992.

- . *Historia, Utopía y ficción de la Ciudad de los Césares. Metamorfosis de un mito*. Madrid: Alianza, 1992.
- Alemaný Bay, Carmen y María Beatriz Aracil Varón eds. *América en el imaginario europeo: estudios sobre la idea de América a lo largo de cinco siglos*. Alicante: Universidad de Alicante, 2009.
- Angelis, Pedro de. *Derroteros y Viajes a la Ciudad Encantada o de los Césares que se creía existiese en la Cordillera, al Sud de Valdivia*. Buenos Aires: Imprenta del Estado, 1836.
- Cavada, Francisco J., *Chiloé y los chilotos. Estudios de folklore y lingüística (República de Chile) acompañados de un vocabulario de chilotismos y precedidos de una breve Reseña Histórica del Archipiélago de la provincia de Chiloé*. Santiago: Imprenta Universitaria, 1914.
- Cieza de León, Pedro, *Guerras civiles del Perú, t. II. Guerra de Chupas*. Madrid: García Rico, s.a [ca. 1553].
- Colección de Diarios y Relaciones para la historia de los viajes y descubrimientos*. Textos revisados, confrontados e interpretados gráficamente por el Capitán de Corbeta, don Luis Cebreiro Blanco del Instituto Histórico de la Marina. Madrid: Instituto Histórico de la Marina, 1943, vol I.
- Comisión Oficial del IV Centenario de la Primera Fundación de Buenos Aires, 1536-1936. *Documentos Históricos y Geográficos relativos a la conquista y colonización Rioplatense*. Buenos Aires: Peuser, 1941, t. 1: *Memorias y Relaciones Históricas y Geográficas*. Intr. José Torre Revello.
- Díaz de Guzmán, Ruy, *Argentina. Historia del descubrimiento y conquista del Río de la Plata*, ed. Silvia Tieffemberg, Buenos Aires: Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras, [ca. 1612] 2012.
- Díaz de Rojas, Silvestre Antonio. “Derrotero de un viaje desde Buenos Aires a los Césares, por el Tandil y el Volcán, rumbo de sud-oeste, comunicado a la corte de Madrid, en 1707, por [...] que vivió muchos años entre los indios Pegüenches”. Pedro de Angelis, *Derroteros y Viajes a la Ciudad Encantada o de los Césares que se creía, existiese en la Cordillera, al Sud de Valdivia*. Buenos Aires: Imprenta del Estado, 1836.
- Domínguez, Manuel. *El alma de la raza*, Asunción: Cándido Zamphirópolis, 1918.
- Estellé, Patricio y Ricardo Couyoumdjian. “La Ciudad de los Césares: Origen y evolución de una leyenda (1526-1880)”. *Revista Historia* 7 (1968): 283-309.
- Fors, Luis Ricardo. *Documentos históricos y literarios de la Biblioteca Pública de La Plata: la Ciudad de los Césares*. La Plata: [s.n.], [1905?].
- Gandía, Enrique de. *La ciudad encantada de los Césares*. Buenos Aires: García Santos, 1933.
- Gil, Juan. *Mitos y utopías del Descubrimiento: I. Colón y su tiempo*. Madrid: Alianza, 1989.
- . “La tierra de César buscada desde Chile”. *Mitos y utopías del Descubrimiento: II. El Pacífico*. Madrid: Alianza, 1989.

- Goic, Cedomil. *La novela chilena: los mitos degradados*. Santiago: Editorial Universitaria, 1976.
- . *Historia de la novela hispanoamericana*. Santiago: Ediciones Universitarias de Valparaíso, 1972.
- Guillén Tato, Julio y Novo y Fernández Chicarro, Pedro. *Monumenta chartographica indiana: regiones del Plata y Magallánica*. Madrid: Ministerio de Asuntos Exteriores, 1942, v.2, lámina 12, pp. 178-179, lámina 13, pp. 182-183.
- Hernández, M. Muriel. “La Colección de Viajes y Derroteros”. [www.armada.mde.es](http://www.armada.mde.es) (consultado 29/04/2014).
- Imbelloni, José. “Nota sobre los supuestos descubrimientos del doctor J. G. Wolff”. *Patagonia*. Buenos Aires: L. J. Rosso, 1923.
- Latham, Ricardo E. “La leyenda de los Césares. Sus orígenes y su evolución”. *Revista de Historia y Geografía* IX 64 (1929): 193-254.
- Lorandi, Ana María. *De quimeras, rebeliones y utopías. La gesta del Inca Pedro Bohorques*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, 1997.
- Lucena Salmoral, Manuel. “Los movimientos antirreformistas en Suramérica: 1777-1781. De Tupac Amaru a los comuneros”. *Revista de la Universidad Complutense* XXVI 107 (1977): 5-34.
- Martínez Estrada, Ezequiel. *Radiografía de la pampa*. Buenos Aires: Losada, 1976.
- Martinic B., Mateo. “Los Césares de la Patagonia, ¿otra fuente indígena para la leyenda o una hasta ahora desconocida creación del imaginario aónikenk? *Magallania* 35, 2 (2007): 7-14.
- Medina, José Toribio. *Colección de Documentos inéditos para la Historia de Chile. Desde el viaje de Magallanes hasta la batalla de Maipo. 1518-1818*. Santiago: Ercilla, 1889, t. III. *Memoria Chilena. Biblioteca Nacional de Chile*. “La búsqueda de la ciudad de los Césares. En busca de la ciudad perdida”. <http://www.memoriachilena.cl/602/w3-article-92749.html> (consultado 29/03/2014)
- . “Un siglo de intenso conflicto bélico. La Guerra de Arauco (1550-1656). <http://www.memoriachilena.cl/602/w3-article-691.html> (consultado 29/03/2014)
- Morales, Ernesto. *La Ciudad Encantada de la Patagonia*. Emecé: Buenos Aires, 1944.
- Olavarría, Miguel de. “Informe sobre el Reino de Chile, sus indios y sus guerras”. *Colección de Documentos Inéditos Para la Historia de Chile. Segunda Serie. Tomo IV. Alonso de Sotomayor — Martín Oñez de Loyola. 1590-1594. [1594] 1852: 390-422*. [www.memoriachilena.cl/602/w3-article-79578.html](http://www.memoriachilena.cl/602/w3-article-79578.html) (consultado 19/03/2014)
- Quarleri, Lía. *Rebelión y guerra en las fronteras del Plata. Guaraníes, jesuitas e imperios coloniales*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2009.
- Ramírez de Velasco, Juan. “Carta del gobernador Juan Ramírez de Velasco al rey de España [...]”. Comisión Oficial del IV Centenario de la Primera Fundación de Buenos Aires, 1536-1936. *Documentos Históricos y Geográficos relativos a la conquista y*



- colonización rioplatense*. Buenos Aires: Peuser, t. 1. *Memorias y Relaciones Históricas y Geográficas*. Intr. José Torre Revello, [1586] 1941: 125-137.
- Romero Bedregal, Hugo. “Movimiento ecológico y selección de hábitat entre aymaras y quechuas”. *Revista de Ciencias Sociales* 15 (2005): 132-142. [http://www.revistacienciasociales.cl/archivos/revista15/pdf/rcs15\\_7.pdf](http://www.revistacienciasociales.cl/archivos/revista15/pdf/rcs15_7.pdf) (consultado 19/03/2014)
- Tieffemberg, Silvia. “Luis de Miranda, el anhelo y el hambre”. *Romance de Luis de Miranda*. Silvia Tieffemberg, ed. y comp. “Estudio introductorio” Carlos Rossi Elgue, Pablo Seckel, Silvia Tieffemberg, María Inés Zaldívar Ovalle. Madrid: Iberoamericana-Vervuert, 2014: 11-39.
- . “La construcción del deseo. Cartas privadas de emigrantes a Indias. 1540-1616”. *Literatura Latinoamericana Colonial. Hacia las totalidades contradictorias*. Buenos Aires: Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras, 2011: 95-102.
- Urbina Carrasco, María Ximena. “La frontera ‘de arriba’ chilena y el camino de Chiloé a Valdivia, 1786-1788”. *Temas Americanistas* 18 (2005): 70-92.

